

*Tal vez incluso existan dos tiempos, el que
observamos y el que nos transforma.*
Albert Camus

Ex umbra

Guadalupe Vadillo y Jackeline Bucio

De lado de allá...

El famoso antropólogo Hicks Davenport partió hacia la nueva isla polinesia en 2018. Era el descubrimiento de su vida y sería el primero en documentar la vida de los Naupimai, pobladores de esta recién descubierta zona. Tenía todo el respaldo de su universidad, el prestigio, recién casado y sin hijos, la edad ideal y una esposa dispuesta a partir con él. Sabía que este proyecto le tomaría al menos 20 años, y no podía predecir, en ese momento, que serían tres décadas completas, las últimas de su vida. Por su parte, al decidir acompañar la aventura de su esposo, Estela Davenport dejaba tras de sí una profunda huella en cada uno de sus estudiantes: recién doctora, dedicada y amorosa docente, desde niña supo que su misión en la vida era enseñar, y veía en su futuro, en este repentino cambio del destino, la oportunidad de llevar conocimiento, de iluminar, allá donde fueran, juntos.

Una vez allá, Estela quiso integrarse, enseñar todo lo que sabía del mundo, pero su marido fue estricto acerca de esa interacción: “hazte parte de la comunidad, aprende de ellos, pero de ninguna manera intervengas en su educación”. Así que, cuando le avisaron del accidente, Estela vivió, en un mismo instante, la dolorosa pérdida de su compañero, pero también la posibilidad, al fin, de rescatar de su ignorancia a la comunidad completa. Durante el funeral, una parte de ella lloraba su duelo y otra planeaba ya los materiales y las lecciones que podría desarrollar, sí,

sería por grupos de edad. Su vida regresaba, por fin, de vuelta a la actividad docente.

Los Naupimai observaron durante dos días completos cómo Estela acondicionaba un sitio cerca de la playa. Vieron cómo, con tintura de unos moluscos, pintó de negro una roca bastante plana y cuántos intentos hizo por dibujar en ella con los jugos de distintos frutos locales y piedras calizas. Con el reverso de las hojas de notas de su marido, hizo grandes letras, mayúsculas y minúsculas, para poder llevar la luz del alfabeto a este pueblo. Convocó al tercer día a todos hasta ese espacio: con el pequeño vocabulario de naupima que manejaba, y con una gran sonrisa, les presentó su regalo: *dedicaría el resto de su vida a enseñarles*. Como en la lengua naupima no había palabra que representara esa acción, “enseñar”, intentó mostrar su mensaje llevando una pequeña antorcha hacia cada uno de los pequeños que, sentados en cuclillas frente a ella, observaban. Con su dedo índice, simultáneamente tocaba la cabeza de los chicos y señalaba después hacia las letras en papel.

Estela no pudo lograr ni enseñar, ni iluminar ni sacar de la oscuridad a nadie. Por el contrario, las semanas que siguieron a la muerte de su marido le enseñaron tres grandes y definitivas lecciones: que los Naupimai adoraban la memoria del antropólogo, que no la querían a ella y que no había forma de cambiar esta situación. Uno de ellos tuvo la deferencia de contarle, con sencillos gestos y dibujos, que el aprendizaje les era sagrado y que se trataba de un proceso personal, a partir de situaciones que lo favorecen, y que todos, como comunidad, tenían obligación de construirlas y propiciarlas en beneficio de cada uno de los integrantes. Comprendió así, finalmente, que su labor docente ahí no tenía lugar.

Del lado de acá...

El 2048 mexicano la recibió con los grandes cambios de los que ella había tenido noticia, pero que no había vivido, ni experimentado. Desde la ventana de su nueva casa, Estela se dedicó cada mañana a observar a sus vecinos. Todo a su alrededor se veía en apariencia como ella recordaba, pero eran las pequeñas cosas... Su vecina más cercana se llamaba Sophia, era muy joven y, decían, se trataba de una exitosa diseñadora de *blockchain*. Siempre estaba impecable, contenta y se veía atenta a todo. Cada mañana, al salir de casa, Estela veía a Sophia manipular con gracia y ademanes discretos en el aire, la información que solo ella misma percibía y que parecía desaparecer solo con un parpadeo.

Por supuesto Estela intentó de inmediato conseguir trabajo como maestra: buscó las escuelas donde había trabajado, pero todas habían desaparecido a partir del auge de los profesionales de la neuroestimulación cerebral que lograban aprendizajes “completos” a la edad de 10 años. Después, los aprendizajes se podían perfeccionar o actualizar de distintas formas: a través de una inyección del chip correspondiente o de procesos autónomos a partir de experiencias vivenciales en contextos diseñados por uno mismo o por especialistas. Apenas pudo concebir lo que esto significaba: desde hacía años, la profesión docente se había extinguido.

Después de algunas consultas, Estela supo acerca de las máquina de sugerencias profesionales y no le costó trabajo encontrar una cerca de su casa: por dos EXPmonedas, y con base en algunos datos curriculares que tecleó, la máquina le mostró opciones de trabajo en la zona, idóneos para alguien que en otros tiempos fuera maestra: “diseñadora de experiencias de realidad mixta” y “creadora de cursos

de bots educativos enriquecidos con inteligencia artificial”. También le sugirió que explorara la posibilidad de habilitarse como “Éticista de carne cultivada”. Ella tocó la pantalla sobre la primera opción y la máquina arrojó, por una ranura, un pequeño chip que en el centro de salud cercano le podían inyectar para estar actualizada en ese campo laboral. Estela respiró hondo: lo observó, lo guardó en su puño y lo depositó en el bolsillo de su chaqueta. Era un hecho que tenía que trabajar: la pensión virtual que recibía del centro de investigación de su marido apenas le permitía pagar lo básico. La lluvia interrumpió sus pensamientos y al mismo tiempo se llevó consigo la tinta de un artesanal aviso que, a un lado de la máquina, rezaba lo siguiente:

¿PERDISTE EL CAMINO?

La estela de lo que fuimos nos guía hacia nuevas formas de luz.

01100101 01111000 01110101 01101101 01100010 01110010 01100001 00101110

01100011 01101111 01101101

Queriendo huir a la vez de la lluvia y de la realidad, Estela corrió a refugiarse. Con la determinación de quien ha comprendido que no hay otro camino, dirigió sus pasos hacia el centro de salud señalado, pero intuyó que aquella visita no terminaría bien... La extraña punta de la aguja que portaba quien la iba a atenderla se lo confirmó y, ante los ojos automáticamente atónitos de la ciberenfermera, Estela abandonó violentamente el consultorio sin terminar el procedimiento. Al cruzar la puerta de salida, cruzó también miradas con un hombre que desde su propia tristeza la observaba de manera intensa y evidente. Estela se acercó y

reconoció en sus ojos, en su postura, en la leve que mueca que asomaba desde sus agrietados labios, esa misma amargura y rencor que ella experimentaba ahora. Había entonces otros como ella, pensó. En pocos minutos intercambiaron los grandes datos de sus vidas: ambos habían sido maestros. Los dos lo añoraban y no podían entender que este mundo los hubiera dejado de lado.

En un acá umbrío...

Ese día, bajo la intensa lluvia que parecía no terminar nunca, Estela y aquel hombre asistieron juntos a la reunión de la tarde de la comunidad *ex umbra*. Una y otra vez Estela reconoció esa agria mirada en cada uno de los participantes de las actividades que ahí se realizaban. Compartían sus experiencias de vida, sus logros pasados, sus historias y se complacían recordando juntos aquellas épocas. Habían reunido restos de pizarrones blancos, piezas de lápices (muy difíciles de conseguir) y papel, increíblemente escaso desde hacía años. Los usaban con placer y esto los hacía sentirse mejor.

Al avanzar a través del muy dañado edificio que albergaba a esta comunidad, regresaron a la mente de Estela las opciones laborales que la máquina le había mostrado. ¿Qué era un eticista de carne cultivada?, se preguntó. ¿Para eso servía la ética ahora? ¿Eran los bots realmente mejores maestros? ¿Dejaban acaso improntas como las que ella tenía de sus maestros, como las que ella misma había

dejado en más de uno de sus estudiantes? Siguió avanzando y encontró de pronto lo que debió haber sido un patio. En el centro, los restos azulblancos de la fuente derruida le recordaron la talavera de los muros de la escuela donde dio sus primeras clases. Sin importarle la lluvia caminó hacia la fuente. El agua la empapó de inmediato y esto la hizo reaccionar. Salió de ahí de inmediato, sin participar en la reunión. Desde lejos, los demás la miraron irse: sabían que tomaba tiempo lidiar con las diferentes emociones cuando uno llegaba por primera vez.

Al día siguiente, aún contrariada por la sucesión de extraños eventos que había vivido la tarde anterior, Estela observó desde su ventanal la llegada de su vecino, el esposo de Sophia. Al verlo así, regresando a casa, la vida de esta joven pareja le recordó su propia historia al lado de Hicks, su vida de recién casada, los planes que tenían. Se recargó en el barandal de su ventana y cerró los ojos para disfrutar con parsimonia el recuerdo de aquellos momentos. Cuando los abrió, el vecino estaba justo frente a ella: ¿puedo ayudarla en algo?, le dijo él. La vimos llegar anoche empapada, se le veía un poco angustiada, añadió. Estela, confusa y sorprendida por la situación, se perdió un momento en el fondo de esos ojos que se preocupaban por ella y que, aunque estuvo en silencio por casi un minuto, esperaron su respuesta:

- Discúlpeme, por favor. Estuve, aunque no lo crea, ausente de la vida moderna por 30 años y me está costando mucho entenderla.

Ese fue el inicio de una conversación breve que los contactó de inmediato. Ella compartió en unos segundos los grandes eventos de su vida y en un poco más lo incomprendible que le resultaba una sociedad que carecía de maestros.

- Entiendo, dijo él. Ha sucedido mucho a lo largo de muy poco. Por ejemplo, mis padres no tomaron nada bien mi matrimonio con Sophia. No entienden las uniones mixtas y piensan que, por sus componentes electrónicos no puede ser una compañera realmente humana. Para todos es un reto comprendernos: a mí mismo me cuesta ver que ellos no aprecien el ser maravilloso que es mi mujer.

Estela de golpe unió los puntos y no quiso demostrar su sorpresa, prefirió, después de un breve silencio, regresar naturalmente a lo suyo:

- Pero, ¿un mundo sin enseñanza...?
- Sin enseñanza, quizá, pero con mucho aprendizaje. La profesión de maestro no ha desaparecido, sencillamente ha cambiado de manos. Ahora todos tenemos la responsabilidad de generar contextos donde todos, incluido uno mismo, aprendamos siempre y en todo momento.

Estela lo observó por un rato. Él acabó disculpándose porque debía irse, Sophia lo esperaba. Después de un tiempo, Estela abrió la puerta y se echó a andar, sencillamente se internó en la calle y después de unas horas se dio cuenta

de la oscuridad. No sabía dónde estaba y tampoco tenía fuerzas para regresar. Apenas pudo acomodarse en el resquicio de una entrada y se quedó dormida.

En realidad no había llegado lejos. Por la mañana del siguiente día, el mismo hombre que la llevó a *Ex umbra*, la encontró sucia, confundida y con frío. Intentó alimentarla pero Estela solo aceptó unos cuantos sorbos de agua. Sin saber muy bien qué hacer, y casi instintivamente, la condujo nuevamente hacia la casona aquella: era la primera vez que él visitaba de día este lugar y descubrió que otras actividades sucedían a esas horas: gente que no conocía, de tipo violento y radical, discutía a voces sobre la recuperación de un pasado con certidumbres, donde uno se sintiera de nuevo útil a partir de lo que se había aprendido a hacer durante largos años de preparación (los títulos lo avalaban), y ahora eran solo reliquias de papel. Pedían “luz para el mundo”, retomar el control de los hechos, la estabilidad, la permanencia. Era evidente que planeaban ya algo concreto...

Estela y el hombre permanecieron en las sombras, atrás del grupo. Algunos voltearon a verlos, pero después de mirarlos unos instantes regresaron a las protestas que poco a poco tomaban forma de planes de acción concretos. Se hablaba ya de una estrategia de cambio, de armas, explosivos plásticos y ataques al código de inteligencia artificial central. Como despertando de un sueño profundo, empezó a tomar sentido lo que veía: un grupo, de quienes, como ella, lo habían perdido todo, planeaba recuperar ese pasado ajeno a humanoides de inteligencia aumentada. La discusión crecía en ideas y en intensidad. Era un camino. Al meter la mano en el bolsillo, Estela se topó con el chip que le iban a inyectar. Lo sacó y observó por un momento. También era un camino.

